

El historiador, la historia y nosotros. Análisis de las concepciones sobre la historia presentes en el debate en torno a la enseñanza de historia reciente

Javier E. Rodríguez Weber*

Resumen

En el artículo se estudian las concepciones sobre la labor del historiador y el carácter de la ciencia histórica presentes en actores políticos y formadores de opinión, según se desprende de las opiniones y argumentos que expresaran durante el debate sobre la historia reciente que se desatara en agosto de 2006 a raíz de dichos del profesor Carlos Demasi. El argumento central es que, dejando aparte el aspecto político —caracterizado por la desconfianza de la oposición respecto de las intenciones del gobierno—, el debate mostró que existen en actores destacados de la sociedad uruguaya concepciones equivocadas sobre el trabajo del historiador y el carácter del conocimiento histórico. En este marco se destaca el conflicto entre un discurso histórico científico y discursos sobre el pasado que sustentan identidades partidarias.

Palabras clave: historia, Uruguay, historiografía.

* Profesor de Historia egresado del Instituto de Profesores Artigas, Montevideo. Magíster en Historia Económica y candidato a doctor en Historia Económica del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo. jerweber@fcs.edu.uy

RECIBIDO: mayo de 2011

ACEPTADO: noviembre de 2011

Abstract

This paper analyzes the debate instigated by professor Demasi's remarks that were published by *Búsqueda* in 2006. Our concern is not Demasi's opinions, but rather the arguments about the historian's craft, the characteristics of historical knowledge, and relations between

history, memory and identity, which were expressed by politicians and analysts who participated in the debate. The paper shows that many leaders of Uruguayan society have an old fashioned view of the role of the historian. There is also a tension between the discourse of the discipline as scientific knowledge, on the one hand, and the historical myths that lend support to the identities of political groups, on the other.

Keywords: history, Uruguay, historiography.

1. INTRODUCCIÓN¹

En el presente trabajo se analiza el debate que se desatará en la opinión pública en agosto de 2006 sobre la historia² reciente y su enseñanza. Se disparó a partir de la publicación en la prensa de dichos del profesor Carlos Demasi realizados en un curso de actualización docente organizado por un instituto privado de educación. El debate tuvo un fuerte componente político-coyuntural producto de la desconfianza de los partidos de oposición sobre el accionar del gobierno en materia educativa. A lo anterior se sumaba una interpretación que sugiere que los docentes han jugado un rol central en el crecimiento electoral del Frente Amplio.

La trascendencia pública de los dichos de Demasi se debió en gran medida al hecho de que había sido designado —por concurso y junto a otros historiadores—, para elaborar materiales de apoyo a docentes sobre la historia reciente. Si bien la inclusión de la crisis de la democracia uruguaya y la dictadura en los programas de historia no eran algo nuevo —tanto los planes de Ciclo Básico de 1986 como de 1996 incluían ambos temas—, la presencia en el gobierno de la coalición de izquierdas desde el año anterior, sí aportaba una novedad. A ello se sumaba un cambio en la orientación de política del Ejecutivo respecto a los crímenes cometidos durante los años 1972-1985, en particular la decisión de permitir la acción de la justicia en algunos casos.

Por otra parte, muchos de los cuestionamientos esgrimidos durante el debate se apoyaron en valoraciones sobre el conocimiento histórico y su construcción. El presente artículo se sustenta en la idea de que es posible, a partir del análisis de los argumentos esgrimidos, reconstruir las concepciones que políticos, analistas, y formadores de opinión, tienen respecto a la construcción del conocimiento histórico, la noción de objetividad, o

1 Agradezco los comentarios que Carlos Demasi, Lincoln Bizzozero, Isabel Wschebor, Reto Bertoni, Juan Pablo Martí, María Inés Moraes, y los asistentes al simposio *Historiografías* de las II Jornadas de Historia Política realizaron a anteriores versiones de este documento. Asimismo, quiero expresar mi agradecimiento a las/dos dos evaluadora/es por sus críticas y sugerencias que han contribuido a la mejora del artículo.

2 La palabra historia designa a su vez «el conocimiento de una materia, y la materia de ese conocimiento», lo que puede —y suele— ser fuente de equívocos importantes (Vilar, 1982). En este trabajo nos referimos a la historia disciplina científica, es decir, no a *lo que pasó*, sino a lo que *sabemos* —y cómo lo sabemos— de lo que pasó.

el papel que la historia y el historiador deben jugar en la sociedad. El objetivo central de este trabajo es reconstruir dichas concepciones; las que se contrastan con las reglas de construcción del conocimiento histórico científico, entendiéndose por tal no la formulación de enunciados incuestionables, sino el producto de la actividad de hombres y mujeres que conocen y respetan las reglas de su oficio. Pero también se busca analizar algunas aristas que el debate no debió tener, en particular la invalidación de las hipótesis y conclusiones del historiador sobre la base de la filiación política que se le presume, pues este tipo de invalidación es incompatible con el desarrollo del conocimiento histórico.

Luego de esta introducción, en la sección 2 se presentan algunos episodios centrales del debate y se examina uno de sus peores aspectos, la argumentación *ad hominem*. En la sección 3 se estudia cómo el desconocimiento del rol profesional del historiador, así como las concepciones superadas sobre la construcción del conocimiento histórico y la noción de hecho histórico, sustentaron diversos reclamos y desconfianzas.

En la sección 4 se abordan los malentendidos sobre la relación entre la historia y *nosotros* presentes en el debate. Dos aspectos problemáticos son la relación entre historia y memoria, y entre historia e identidad. Cuando el relato científico no coincidió con la memoria de los participantes, el discurso histórico se vio cuestionado en su veracidad y objetividad. Asimismo, como la memoria suele sustentar diversos relatos míticos sobre el pasado que cumplen un papel central de las identidades colectivas —nacionales o partidarias—; la ausencia de correspondencia entre ambos relatos —el científico y el mítico— condujo a la convicción de la falsedad y falta de objetividad del historiador.

Uno de los argumentos manejados en el debate consistió en la imposibilidad o inconveniencia de estudiar episodios recientes, aún no cerrados. En la sección 5 se analiza el tema a partir de las nociones de verdad y objetividad en la ciencia en general, y en la historia en particular. En la sección 6 se presentan las conclusiones.

2. LA PASIÓN Y LA FURIA. EL HISTORIADOR EN PRIMERA PLANA

2.1. La mecha

Según el informe *Agenda setting*, realizado por Consultora Sudamericana para el mes de agosto de 2006, la polémica en torno a la enseñanza de la historia reciente disparada por la nota de *Búsqueda*³ ocupó 1256 segundos —casi 21 minutos— en los informativos cen-

3 Revista *Búsqueda*, año xxxv; n.º 1369; del 24 al 30 de agosto de 2006, p. 52. Es importante —e interesante— recordar que todo el debate se basó en la nota del semanario, la que ponía en una página declaraciones realizadas en un curso que duró varias horas. El tema se trató en una convocatoria de las autoridades de la educación a la Cámara de Representantes, donde se reconocía que nadie había escuchado las declaraciones completas y ni siquiera el semanario las tenía. Sesión del 4 de octubre de 2006.

trales de televisión, de los cuales el 30,4 % correspondieron al profesor Demasi; el 17,6 % al senador Gallinal; y el 15 % al diputado Iturralde.⁴ El episodio mereció un cuadro de análisis específico en el reporte mensual de la consultora. Si consideramos que la nota de *Búsqueda* es del 24 de agosto, a una semana de culminar el mes, podemos valorar la centralidad pública que el tema alcanzó.

En la nota, publicada en la contratapa de la revista y anunciada en un recuadro de la tapa, se recogían expresiones que el profesor Demasi había emitido días antes en las Jornadas Técnico-Pedagógicas organizadas por el colegio católico San José de la Providencia, en el marco de un curso para docentes. El aspecto polémico, a juzgar por el recuadro de tapa, se centraba en cuatro afirmaciones sobre distintos temas. En primer lugar —en orden cronológico respecto a los hechos— que no podía establecerse con claridad qué había comenzado primero, si la guerrilla o la represión. En segundo lugar, que en febrero de 1972 en todos los partidos políticos existían sectores que miraban con expectativa a las Fuerzas Armadas. En tercer lugar, que los Estados Unidos jugaron un papel clave en la apertura democrática a fines de los setenta, cuando no se vislumbraba una salida de la dictadura y; por último, que la errónea percepción de Wilson Ferreira sobre la situación en el país condujo al Partido Nacional a un desastre electoral en el año 1984.

2.2. La sospecha

La reacción no se hizo esperar. El lunes siguiente, 28 de agosto, el senador nacionalista Francisco Gallinal era entrevistado por Emiliano Cotelo en su programa *En perspectiva* de radio El Espectador.⁵ En la nota el senador se mostraba preocupado por el «carácter sesgado muy notorio y muy evidente» de las declaraciones de Demasi, lo que le quitaba «peso» y «objetividad» para integrar el equipo encargado de realizar cursos para docentes sobre historia reciente. En resumen, y luego de comentar las declaraciones publicadas por *Búsqueda* el senador Gallinal culminaba diciendo que:

Seguramente Demasi es un muy buen profesor de Historia, no lo estoy juzgando desde el punto de vista personal, pero en función de esas declaraciones [...] se descalificó a sí mismo para seguir integrando esa comisión encargada de preparar la historia de los últimos 30 años del siglo pasado.

4 <<http://www.csnet.com.uy/informe-agenda-setting-agosto-2006>> [setiembre de 2007].

5 «Gallinal: Demasi está descalificado para preparar abordaje sobre historia reciente», nota realizada por Emiliano Cotelo el 28 de agosto de 2006 en radio El Espectador. Disponible en <<http://espectador.com/nota.php?idNota=76852>>, consultado en octubre de 2010.

La posición de Gallinal era representativa de otros legisladores de oposición, quienes temían la construcción de una historia oficial que, a través de su incidencia en la enseñanza, se convirtiera en un relato hegemónico sobre el pasado. Así, en la edición de *Búsqueda* posterior a la que publica las declaraciones de Demasi, se recogían diversas opiniones de actores políticos donde dicha preocupación era ostensible. Allí puede leerse el comentario que «uno de los principales legisladores del Partido Nacional» —del que no se da el nombre— le hizo a un colega. El primero habría dicho que «lo que quieren realmente es mantenerse en el poder a través de una especie de adoctrinamiento». ⁶ En la misma edición del semanario, en la sección «Cartas de los lectores», el diputado del Partido Nacional Javier García acusaba a Demasi de faltar a la verdad, y ser «un instrumento de un operativo mucho más profundo destinado a perpetuar en el poder al Frente Amplio a través de la educación». Opiniones de similar tenor se publicaron en el periódico del Foro Batllista, en ese entonces sector mayoritario del Partido Colorado. Según se sostuvo en su publicación oficial, la enseñanza de la historia reciente se enmarcaba en el proyecto del gobierno de realizar una transformación profunda en los valores de la sociedad uruguaya. Allí puede leerse que «tanta tozudez permite albergar el temor de que estamos asistiendo al deliberado propósito de reescribir la historia reciente del país en términos funcionales a una estrategia de demolición de la matriz liberal uruguaya». ⁷

Este tipo de argumentación *ad hominem* fue una característica lamentable del debate. Así, la desautorización de las hipótesis planteadas por Demasi por considerársele parte de una estrategia política e ideológica, tuvieron importante presencia en la sesión de la Comisión de Educación y Cultura de la Cámara de Representantes del día 4 de octubre de 2006. En ella, y en opinión representativa de varios actores políticos, el entonces diputado colorado Hackenbruch Legnani sostuvo que:

La enseñanza de la historia moderna no es historia, es política [...]. Las manifestaciones de Carlos Demasi demuestran un fuerte contenido ideológico y son contrarias al concepto de laicidad que históricamente nos hemos dado los uruguayos, salvo en tiempos de dictadura. No se pueden falsear los hechos reales para acomodarlos en sintonía con una posición ideológica. ⁸

Otro ejemplo de falacia *ad hominem* fue la del diputado Javier García quien sostuvo que «al profesor Demasi no le faltó información, faltó a la verdad. Confundió, además, su

6 Revista *Búsqueda*, año xxxv; n.º 1370; del 31 de agosto al 6 de setiembre de 2006, p. 5.

7 «La Historia del otro lado», en *El Correo de los Viernes*, segunda época, año iv, n.º 185, 1.º de setiembre de 2006, p. 4.

8 Cámara de Representantes, Comisión de Educación y Cultura. Sesión del 4 de octubre de 2006. Versión taquigráfica n.º 788 de 2006, en «www.parlamento.gub.uy».

deber profesional con la obsecuencia hacia quienes lo contrataron».⁹ En la misma línea, el analista político y consultor de opinión pública Juan Carlos Doyenart, admitió que se «pondría muy nervioso» si sus hijos «recibieran clase de Demasi». Para Doyenart la tergiversación del profesor Demasi se observa en que «ubicaba al MLN-T en la época de Pacheco [...] Pacheco asumió en 1968, Gestido murió en noviembre de 1967 y ya teníamos MLN-T hacía rato en el país. Después, corregido, empezó a buscar *para defender su pensamiento y su ideología* hechos que lo fundamentaran». Finalmente, Doyenart sostuvo que «el rol de los docentes de secundaria en los resultados electorales», fundamentalmente el crecimiento del Frente Amplio, «ha sido muy importante».¹⁰

La desconfianza respecto a las intenciones de Demasi se trasladó hacia los resultados del concurso que lo designó —junto a otros académicos— para la elaboración de materiales sobre historia reciente para docentes. En un seminario sobre historia reciente realizado en la Fundación Vivían Trías el 10 de julio del año 2007, el Licenciado Daniel Corbo —exponente junto a los profesores Caetano y Demasi— leyó el fragmento de una carta que había enviado al CODICEN, motivada por la composición del tribunal que debía seleccionar a los profesionales encargados de elaborar las guías para docentes sobre historia reciente. En ella expresaba que, en su opinión, y salvando toda consideración moral sobre las personas, el tribunal del concurso —que a la postre ganaría el profesor Demasi— no presentaba garantías. Ello porque todos sus integrantes pertenecían a una misma colectividad política y estaban sujetos a las autoridades de la educación pertenecientes a la misma colectividad.¹¹

Similar reclamo realizaron legisladores del Partido Nacional en la sesión de la Comisión Permanente de febrero de 2007 que trató el tema: debió preverse, en la conformación del tribunal o en los resultados del concurso, la pluralidad partidaria.¹²

El diputado nacionalista Lacalle Pou cuestionó la falta de pluralidad y diversidad de pensamiento del tribunal, así como el resultado. El legislador recordó que los profesores José Claudio Williman y Enrique Mena Segarra —ambos de filiación nacionalista— habían obtenido posiciones rezagadas, lo que probaría el sesgo ideológico del concurso. Su resultado era «sintomático de una intención», ya que «los primeros ocho lugares y el décimo corresponden a personas que, si no están afiliadas o no pertenecen manifiestamente a un partido político, por lo menos tienen una tendencia ideológica claramente identificada».¹³

9 Revista *Búsqueda*, año xxxv; n.º 1370; del 31 de agosto al 6 de setiembre de 2006, p. 43 (destacado del autor).

10 Juan Carlos Doyenart en «La historia reciente en debate», 29 de agosto de 2006, nota publicada en *Espectador.com*. En línea en <<http://www.espectador.com.uy/nota.php?idNota=76989>> (destacado del autor).

11 Estuve presente en el seminario y cito de memoria.

12 Diario de sesiones de la Comisión Permanente del Poder Legislativo, n.º 20, Tomo 22. Sesión del 15 de febrero de 2007; en: <<http://www.parlamento.gub.uy/sesiones/AccesoSesiones.asp?Url=/sesiones/diarios/comision/html/20070215c0011.htm>> [octubre de 2010].

13 *Ibidem*.

La falta de pluralidad entre quienes debían elaborar las guías podía subsanarse, en opinión del senador Gallinal, si las autoridades estudiaban «la posibilidad de convocar especialistas en las distintas áreas que, *como representantes partidarios*, puedan llevar una visión diferente o, a veces, similar, sobre los temas que se están analizando».¹⁴

La respuesta de las autoridades se centró en que el concurso se realizó con las formalidades habituales, las que suponen criterios de selección académicos y científicos, no políticos. La posición rezagada en el orden de prelación de los historiadores mencionados se explicaba debido a que, aunque profesionales de gran nivel, no eran especialistas en historia reciente; algo que uno de ellos había reconocido públicamente. En respuesta, el diputado Álvaro Lorenzo, sostuvo que el tribunal:

Debió haberse integrado de manera plural, ex profeso, con un objetivo en ese sentido y no a través de un mecanismo formal. [...] en relación a la historia reciente debió haberse garantizado la confluencia, en la selección, de gente que piensa distinto, que está en el ámbito académico y que, además, vivió esos procesos [...] Si se trataba de una guía docente y no de contenidos, debió haberse considerado [...] a docentes que no hubieran escrito sobre esa época.¹⁵

De esta forma, en opinión del diputado el haber investigado y publicado sobre el tema se convertía en un demérito.

La pretensión de diversos actores de un resultado políticamente confiable del concurso desconocía que estos existen justamente para garantizar resultados que dependan de cualidades profesionales y académicas, no de confianzas políticas. Los cargos que se llenan mediante concurso son meritocráticos y no deben responder a posiciones partidarias, por eso no se resuelven mediante designaciones directas ni mediante contiendas electorales.

Aunque los argumentos vertidos en el debate no sean lo más relevante para nuestro objetivo principal, sí resultan inquietantes, razón por la cual merecen nuestra consideración. La sospecha sobre las intenciones de Demasi condujo a varios actores a reclamar la destitución de un historiador que obtuvo su cargo mediante concurso. Además, mediante el recurso falaz de asignar intenciones se desautorizó *a priori* todo lo que este pudiera argüir. Una vez levantada la sospecha sobre sus intenciones, las razones que el historiador pudiera esgrimir no serán tales, sino engaños para fundamentar su espuria posición. Es por esta razón que este tipo de argumentación *ad hominem* no es aceptable en las discusiones científicas, aunque forme parte del peor repertorio político e ideológico.

Sin embargo, más allá de este aspecto lamentable —por más triste y preocupante que pueda ser—, otra lectura puede hacerse del debate. En las distintas opiniones de los actores que participaron —sean políticos, analistas, o ciudadanos en general— afloraron

14 *Ibidem* (destacado del autor).

15 *Ibidem*.

concepciones subyacentes sobre la naturaleza del conocimiento histórico, su objetividad, cómo se construye, cómo se relaciona con la memoria, o cómo realiza su trabajo el historiador o el docente. Son estas concepciones las que guían nuestra atención a partir de aquí.

3. ¿Y QUÉ ES LA HISTORIA?

CONCEPCIONES Y EQUÍVOCOS PRESENTES EN EL DEBATE

3.1. Partidismo y profesionalismo en la construcción de la ciencia histórica

3.1.1. *El historiador como profesional de la historia*

Diversas son las concepciones sobre las características del historiador profesional que se desprenden de los actores del debate. Entre aquellos que por su gran indignación y preocupación fueron los que más elevaron la voz, dos sobresalen.¹⁶ Por un lado, el historiador como ser sobrehumano, semidiós al que se le reclama, —por presumírsele capaz de ella—, objetividad absoluta. Por otro, el peón de los partidos, el vendedor de ideología barata en envase académico. Aquel que pone su nombre, su trabajo, su sapiencia y su prestigio al servicio de un partido; vocero de un aparato que lo controla y lo maneja. Si el historiador no es lo primero, seguramente será lo segundo.

Hace ya varias décadas que filósofos e historiadores han abandonado la pretensión de absoluta objetividad que algunos actores del debate reclamaron a Demasi. Hace tiempo ya que se reconoce la imposibilidad de establecer la absoluta verdad de una teoría científica, o una interpretación histórica. El papel del científico, en este caso del historiador, es construir teorías posiblemente verdaderas y evitar las notoriamente falsas (Popper, 2005a). Hace más de cuarenta años que Edward Carr (2003) advertía sobre «las cojeras del historiador».

Y sin embargo, no podemos caer en la ingenuidad de pensar que, como no existe la objetividad absoluta, solo nos queda la subjetividad absoluta. La objetividad existe como intento¹⁷ y siglos de construcción científica han creado herramientas y métodos para que el historiador pueda acercarse a ella.

16 El hecho de que nuestro trabajo se concentre en quienes se mostraron desconformes con los dichos de Demasi no supone que solo ellos sostengan el tipo de concepciones sobre el conocimiento histórico que pasamos a analizar sino que solo ellos las expresaron. Quienes defendieron al profesor Demasi, tanto autoridades como historiadores —en particular la red internacional Historia a Debate—, no movilizaron argumentos referidos al conocimiento histórico, sino a la libertad de opinión.

17 Hermosa definición de Barrán en «Un historiador íntimo», entrevista realizada por Carolina Porley y publicada en *La Gaceta*, n.º 46, junio de 2007.

La primera de ellas: las interpretaciones del historiador profesional pueden estar equivocadas y nunca pasan de ser conjeturas, —como toda teoría científica—, pero, a diferencia de la mera opinión *deben someterse a crítica y contrastarse con la evidencia*. Los enunciados relativos a la religión o los gustos personales, no son criticables ni contrastables; no puede discutirse racionalmente ni la santísima trinidad, ni si el chocolate es más rico que el dulce de leche. Pero sí puede discutirse racionalmente la teoría heliocéntrica o el papel de un actor determinado —guerrilla, partidos, ejército— en la caída de la democracia uruguaya. Y es esto lo que hace el historiador, esta es su fuerza y también su debilidad. Como ha afirmado Eric Hobsbawm (2000).

La profesión del historiador es inevitablemente, y algunos dirían por su propia naturaleza, política e ideológica, aunque *lo que un historiador dice o puede no decir depende estrictamente de reglas y convenciones que requieren pruebas y argumentos*. Y sin embargo, convive con un discurso aparentemente similar acerca del pasado en el cual estas reglas y convenciones no se aplican; y donde se aplican por el contrario solamente las convenciones de la pasión, de la retórica, del cálculo político y de la parcialidad. [cur-siva agregada]Son estas reglas y convenciones las que brindan el marco para la crítica seria a los dichos de Demasi o cualquier otro historiador. El esfuerzo debe dirigirse a mostrar su error, apelando a evidencias y argumentos más sólidos que los suyos, pero respetando las mismas reglas y convenciones.

3.1.2. Opiniones sustentadas en evidencias

La regla según la cual el historiador debe sustentar sus argumentos en evidencias es respetada por Demasi en una de las afirmaciones más polémicas. El problema del «huevo o la gallina»: la dificultad de conocer que fue primero, si la guerrilla o el desborde de la represión estatal. Textualmente, la nota de *Búsqueda* le atribuía al profesor Demasi el haber dicho que «no se puede establecer con claridad que fue primero, si la guerrilla o la represión»;¹⁸ y fue a partir de esta frase que se armó gran parte de la polémica. La afirmación se discutió en la entrevista realizada a Demasi en radio El Espectador el 29 de agosto. Allí pudo este ampliar y fundamentar su posición:

Yo tengo la opinión de que la represión fue primero, la represión sobre movimientos sindicales y estudiantiles en la década de los sesenta es anterior a la emergencia de la guerrilla como fenómeno político. *Si tú me pedís brevemente una prueba* de esto te digo lo siguiente: en junio de 1968 se dictaron medidas prontas de seguridad. [...] En los considerando de ese decreto se invoca una serie de problemas, algunos reales y otros a los que no se les encuentra mucho sentido. Se menciona la cantidad de sindicatos que están en huelga o haciendo paros y movilizaciones. Y en la lista se mencionan sindi-

18 Revista *Búsqueda*, año xxxv; n.º 1369; del 24 al 30 de agosto de 2006, p. 52.

catos que solo aparecen en esa lista y que no he podido encontrar evidencia histórica de su existencia por otro lado. Uno mira y piensa que la lista está un poco inflada. Pero en esa lista que está inflada la guerrilla no aparece como motivo para dictar medidas prontas de seguridad. Si lo que se estaba buscando era invocar todos los motivos necesarios para dictar las medidas prontas de seguridad no podía faltar la mención a la guerrilla urbana como un factor que estaba provocando lo que después fue el desborde autoritario.¹⁹ [Cursiva agregada] [Cabe destacar que no es el periodista quien pide la prueba, sino el historiador que siente necesidad de darla]

Ante la repregunta del periodista, quien recuerda que las primeras acciones de la guerrilla datan de 1963, el profesor Demasi sostiene que «la guerrilla entre 1963 y 1968 no fue un problema político en este país. Tanto no lo fue que cuando en 1968 hay que invocar las medidas prontas de seguridad no se la señala como un factor que las motive».²⁰

En este trabajo no analizamos la respuesta en sí, sino cómo esta se encuentra dentro de las reglas de la disciplina. Para fundamentar su posición el profesor Demasi alude inmediatamente a una prueba y sostiene: si la guerrilla hubiera sido un actor político relevante en junio de 1968, el gobierno habría hablado de ella para fundamentar unas medias por demás polémicas. Quienes cuestionan a Demasi hacen una lista de las acciones de la guerrilla anteriores a 1968, hechos que nadie discute, pero que no invalidan su hipótesis, ya que esta no se sustenta en la existencia o no del MLN, sino en su relevancia como actor político. Una característica del relato histórico, casi una trivialidad, es su condición *ex post facto*. Algunos hechos cobran sentido con el correr del tiempo, cosa que el historiador puede advertir porque conoce el diario del lunes. El conocimiento de lo que ocurrió después es central para que el historiador pueda ofrecer interpretaciones sobre los procesos históricos, pero no debe olvidar que este conocimiento no lo tenían los protagonistas, cuyas acciones él debe comprender y explicar. Si lo hace, cae en el anacronismo. Si el problema consiste en evaluar la incidencia del MLN en las medidas tomadas por el gobierno en 1968, la argumentación no depende de la existencia o no de acciones anteriores a esa fecha, sino de la valoración que el gobierno, o los partidos políticos, hacían de estas. Es perfectamente válido sostener que las acciones realizadas por la guerrilla antes de 1968 son históricamente relevantes por lo que ocurrió después, pero no lo fueron en su momento; de la misma forma que la entrada de Artigas al cuerpo de Blandengues es un hecho histórico relevante porque años más tarde se convertiría en el líder de la Revolución. El historiador debe realizar los dos trabajos: reconstruir el proceso y construir un relato que lo explique; pero no debe confundirlos.

19 «La historia reciente en debate», 29 de agosto de 2006, nota publicada en *Espectador.com*, disponible en <www.espectador.com.uy/nota.php?idNota=76989>.

20 *Ibidem*.

Sin embargo, la posición de Demasi podría rebatirse de acuerdo a las reglas y convenciones del oficio, *si se demuestra que las acciones guerrilleras eran fuente de preocupación en el elenco político antes de 1968*. Por tanto, si se encuentra evidencia documental que muestre dicha preocupación, entonces su posición sería refutada. Se podría recurrir a las actas parlamentarias, a decretos de gobierno, a discursos de la campaña de 1966, etcétera, a la búsqueda de las mismas. Si se encuentra, por ejemplo, que antes de 1968 se interpe-laron ministros sobre las acciones tendientes a detener a la guerrilla, o se observa que la preocupación por detener a la guerrilla constituyó un tema importante en la campaña electoral de 1966, entonces, se demostrará que la posición de Demasi es equivocada. Y ello es posible porque se mantiene dentro de las reglas y convenciones a las que aludía Hobsbawm y se encuentra, por tanto, sujeta a la crítica de los pares, criterio que caracteriza al conocimiento científico (Le Goff, 1995; Bourdieu, 2003; Popper, 2005a).

En tanto que seres humanos y ciudadanos, las opiniones de todos nosotros son valiosas; *todos tenemos el mismo derecho de expresarlas*. Pero cuando nos adentramos en áreas específicas de conocimiento, *no todas las opiniones tienen el mismo valor*. Obviamente todos tenemos el derecho de opinar cualquier cosa sobre cualquier tema, pero quién desee reparar un motor que no funciona hará bien en considerar que la opinión del mecánico es más valiosa que la mía, de la misma manera que la opinión del ingeniero vale más que la del médico a la hora de establecer las cargas que puede soportar una viga. Cuando se trata de valorar episodios históricos en cuanto tales, no es igual la opinión de quién los ha estudiado y sustenta sus dichos en evidencias, de aquellos que no sienten la necesidad de hacerlo. Es cierto, como afirma el ingeniero Doyenart, que Gallinal tiene derecho a su interpretación, *pero no lo es* que esta sea tan válida, en tanto conocimiento histórico, como la de Demasi. El grado de validez de una opinión científica se basa en la forma en que resiste a la crítica racional, no en la libertad de opinión.²¹

Esta fue una confusión permanente en el debate y un aspecto crucial. Crucial, porque no debe entenderse que el historiador —como tampoco el mecánico o el ingeniero—, es infalible respecto a su área de conocimiento o que sus posiciones no puedan ser cuestionadas. No es cierto que todas las opiniones tengan la misma validez. Tampoco que la del experto sea incuestionablemente verdadera. El historiador, como cualquier científico no administra verdades, a lo sumo propone hipótesis refutables.

Las hipótesis que postula un historiador o historiadora pueden ser polémicas y estar equivocadas, pero discutir su validez científica supone discutir dentro de las reglas de la comunidad científica. Entre estas reglas no se encuentra la neutralidad, ni la objetividad

21 La expresión de Doyenart a la que aludimos es la siguiente: «Si Gallinal hubiera sido el docente habría dicho que la estrategia de Ferreira Aldunate fue brillante, es una interpretación que tiene Gallinal y tiene derecho. Demasi defiende su pensamiento de izquierda y tiene una opinión totalmente distinta pero *tan válida* como la de Gallinal». En «La historia reciente en debate», 29 de agosto de 2006, nota publicada en *Espectador.com*, disponible en <http://www.espectador.com.uy/nota.php?idNota=76989> [octubre de 2010]. Cursiva agregada.

entendida como la capacidad divina de reflejar los hechos tal cual fueron. La primera por ser irrelevante²², la segunda por ser sencillamente imposible. Esto se debe a que, aunque el historiador siempre tenga sus cojeras, debe respetar reglas y es la búsqueda de la verdad la primera de ellas. Si no lo hace, recibirá la crítica demoledora de la comunidad científica y perderá su rol como tal (Le Goff, 1995; Bourdieu, 2003).

3.2. El fetichismo de los «hechos»

La perfecta objetividad reclamada en el debate, —la que se medía en función de la opinión del reclamante— normalmente vino de la mano de otro reclamo imposible, que revela a su vez incompreensión respecto al carácter del conocimiento histórico: la noción de que la verdad histórica surge de los hechos y que puede hacerse un relato total de estos.

Esta fue la opinión expresada por el entonces diputado Daniel García Pintos en la sesión de la Comisión de Educación de la Cámara de Representantes del 4 de octubre de 2006. Su preocupación central era la conformación de un relato histórico oficial al sustentarse solo en parte y no en la totalidad de los hechos:

Con esto que dijo el profesor Demasi y que generó toda la contienda, no va a haber garantías de que los textos contengan la verdad, toda la verdad, la de las dos partes, la que recoge la historia sin porcentajes [...]. La pregunta clave, [...] es si se va a poner todo en la historia reciente del Uruguay o no.²³

La opinión del diputado García Pintos, de que el conocimiento histórico debe recoger la totalidad de los hechos, o más aún la del diputado Javier García, para quien la «verdad histórica [...] surge de los hechos»²⁴ se sustenta, aunque probablemente no lo sepan los legisladores, en el programa de la historia del siglo XIX que tan bien expresara Leopold von Ranke: mostrar las cosas tal cual fueron. (Berding, 2005) Es el mismo programa de Lord Acton, quien a principios del siglo XX avizoraba un futuro en que existiera una historia definitiva (Carr, 2003: 81).

Esta concepción fetichista de los hechos se muestra con meridiana claridad en las opiniones del ingeniero Doyenart, quien sostuvo, que «si nos vamos a meter en la histo-

22 Irrelevante en cuanto a su validez. Puede sustentarse el partidismo y respetar las reglas y convenciones que validan el conocimiento histórico; el partidismo incluso puede ser, y ha sido, fuente de avance del mismo (Hobsbawm, 1998: 133-147).

23 Cámara de Representantes, Comisión de Educación y Cultura. Sesión del 4 de octubre de 2006. Versión taquigráfica n.º 788 de 2006, disponible en <<http://www.parlamento.gub.uy/indexdb/Distribuidos/ListarDistribuido.asp?URL=/distribuidos/caratulas/camara/D20061004-0211-0788.htm&TIPO=CON>> [octubre de 2010].

24 Revista *Búsqueda*, año xxxv; n.º 1370; del 31 de agosto al 6 de setiembre de 2006, p. 43.

ria reciente tiene que ser una historia de fechas, de hechos, que es lo inmutable y no de opiniones de los profesores». ²⁵ Hace ya setenta años, cuando era un joven profesor Pierre Vilar se horrorizaba ante un reclamo similar. ²⁶

Esta concepción según la cual el conocimiento histórico surge de los hechos inmutables es la aplicación a la Historia de la teoría del conocimiento del sentido común. Supone que nuestros sentidos recogen, cual espejo, estímulos por parte del mundo exterior. Hace tiempo que la filosofía de la ciencia abandonó esta concepción, sin por ello abandonar la presunción de que hay un mundo real por conocer. Nunca nos acercamos a nuestro objeto de estudio libres de preconceptos, por el contrario, es a partir de ellos que conocemos el mundo. La validez del conocimiento científico no reside en este tipo de objetividad que pretende ignorar al sujeto que investiga, sino en la resistencia de los enunciados —el conocimiento científico— a la crítica racional (Popper, 2005a: 41-105).

De igual forma, el conocimiento histórico no consiste en mostrar los hechos tal cual fueron, porque el historiador siempre realiza una selección y construye una interpretación sobre el pasado. *El conocimiento histórico se basa en hechos, pero no se reduce a ellos* pues «en la Historia el hecho no es la base esencial de la objetividad, tanto porque los hechos históricos son contruidos, y no dados, como porque en la historia la objetividad no significa sumisión a los hechos» (Le Goff, 1995: 34).

Una cosa son los acontecimientos del pasado y otra los hechos históricos, es la comunidad de historiadores la que establece la diferencia, y la frontera entre unos y otros es ampliamente flexible. ²⁷ Es por esta razón que nunca existirá una historia definitiva. A pesar de lo que piensa el ingeniero Doyenart, los hechos históricos están lejos de ser algo inmutable.

Pero recoger la totalidad de los hechos no solo es imposible, además no es deseable. Nuestro ficticio compatriota —*Funes el memorioso*— podía hacerlo, pero era más bien incapaz de pensar, pues «pensar es olvidar diferencias, generalizar, abstraer» (Borges, 1998: 135). Los historiadores deben pensar, y para ello es necesario que sean concientes del carácter selectivo de su trabajo (Carr, 2003; Le Goff, 1995).

25 En «La historia reciente en debate», 29 de agosto de 2006, nota publicada en *Espectador.com*, disponible en <www.espectador.com.uy/nota.php?idNota=76989>.

26 Me refiero al reclamo hecho por un grupo de padres de alumnos. Estos entendían que los exámenes de historia debían limitarse a pedir a los estudiantes que supieran identificar las fechas de determinados hechos históricos (Vilar, 1982: 10).

27 De hecho, gran parte de las principales novedades historiográficas se relacionan con estos movimientos en la frontera (De Certeau, 1993). Así, y para citar solo un ejemplo famoso, las opiniones cosmológicas de un ignoto molinero medieval se transforman en históricamente relevantes si un historiador las rescata del olvido y las analiza en el marco de un problema sobre el que pretende echar luz.

4. LA HISTORIA Y NOSOTROS

Además de concepciones erróneas sobre el trabajo del historiador, un aspecto central del debate fueron las demandas realizadas a la historia, a su rol en la sociedad y a su enseñanza.

Se demandaba que el discurso histórico coincidiera con la visión que de los hechos tenía el demandante. En el caso de la historia reciente, dicha visión corresponde a la memoria que se tiene de ellos. Como quien reclama los ha vivido, asume que si el conocimiento histórico no coincide con lo que él recuerda debe necesariamente ser falso y, por tanto, el historiador es incompetente o deshonesto.

Pero aún más, se reclamaba que el relato histórico coincidiera con la identidad del demandante. Se pretendía un relato que nos permitiera sentirnos orgullosos de nosotros mismos —como orientales, como demócratas, o como pertenecientes a determinada colectividad política—, y que no nos dividiera como colectivo nacional o partidario. Se olvidaba que no es esa la función ni el objetivo de la historia, sino la búsqueda de la verdad.

4.1. Historia y memoria

Un aspecto que hace a la problemática relación de la historia con nosotros, es la que se establezca entre historia y memoria. El problema suele aparecer en el estudio de la historia reciente por la sencilla razón de que existen en la sociedad personas que recuerdan los hechos. De esta forma, el discurso histórico es interpelado porque suele no coincidir con el recuerdo de nadie.

4.1.1. «Yo lo viví y recuerdo otra cosa»

Ocurre en ocasiones que la memoria se contrapone al discurso histórico como herramienta para deslegitimarlo. Este es el caso de las valoraciones que el expresidente Julio María Sanguinetti realizara sobre la objetividad de los ganadores del concurso a partir cuestionar, en base a su memoria, la obra científica. Es la discrepancia entre la historia y su memoria lo que para él demuestra el intento de construir una historia oficial, análoga a la que intentara el estalinismo. Se descalifica el concurso y a Álvaro Rico, uno de sus ganadores, por publicar una investigación sobre la huelga general titulada *Quince días que estremecieron al Uruguay* (Rico et. al., 2005). En el comentario sobre esta investigación, el expresidente sostiene que:

[Álvaro Rico] considera ese hecho decisivo y *hay quienes, habiendo vivido el tiempo y la época muy de cerca, consideramos que ello no tiene nada que ver con la realidad*, pues la tal huelga se desfondó a las 48 horas cuando el transporte retomó su actividad y llegamos a un fin de semana con fútbol y cine, como siempre.

Los diarios de la época lo permiten comprobar a quien se tome el trabajo de leerlos.²⁸ [cursivas agregadas]

El expresidente parece ignorar que los historiadores hicieron algo más que leer los diarios de la época como lo atestiguan las 24 páginas de fuentes y bibliografía de la publicación. Pero el argumento central de Sanguinetti consiste en considerar el producto de la investigación científica como una opinión comparable a la de cualquier persona que recuerde los hechos: «el historiador cree de buena fe que el episodio es muy importante y con la misma buena fe, nosotros pensamos que la escasa resonancia de la temida “huelga general revolucionaria” solamente alentó a la dictadura».²⁹

Otro caso, más ilustrativo aún, es el de las discrepancias en torno al rol de Estados Unidos en la apertura democrática.

Decía el senador Gallinal que las opiniones del profesor Demasi al respecto «se da[n] de bruces con lo que a la mayoría de los uruguayos nos tocó vivir y con la interpretación que tenemos de aquellos tiempos». Según él fueron «las movilizaciones populares y las acciones que llevaron adelante todos los partidos contra el régimen militar» las que permitieron «la recuperación de la democracia y las libertades».³⁰

Sin embargo, las discrepancias que sobre el rol de los Estados Unidos se mostraron en el debate parecerían indicar que no es tan clara la interpretación que los uruguayos tenemos de aquellos tiempos. Al respecto una nota de *El Correo de los Viernes* —publicación oficial del Foro Batllista— sostiene que la apertura se produjo a partir de la división interna en las Fuerzas Armadas:

Se definieron entonces dos bandos, uno que decía que la misión de «salvar» al país de la revolución marxista estaba concluida, que el gobierno solo los estaba desvirtuando como fuerza y que había que retirarse con dignidad; otros sostenían que la subversión estaba latente y que debían quedarse. *Quienes hayan conocido y hablado con quien lideró la primera posición, el Tte. General Hugo Medina, tendrán claro que fue así y que para nada fue la presión norteamericana la que los impulsó a buscar una salida.* Que la política de derechos humanos de Carter en su tiempo nos alentaba a los demócratas, estamos de acuerdo, pero que ello influyó en los militares, es indemostrable y todo indica que irrelevante.³¹ [cursivas agregadas]

28 Julio M. Sanguinetti, «La tentación totalitaria», editorial del *Diario El País*; 18 de febrero de 2007.

29 Ídem

30 «Gallinal: Demasi está descalificado para preparar abordaje sobre historia reciente», nota realizada por Emiliano Coteló el 28 de agosto de 2006 en radio *El Espectador*, disponible en <www.espectador.com/nota.php?idNota=76852> [octubre de 2010].

31 «El falseamiento histórico», en «*El Correo de los viernes*», segunda época, año IV, n.º 186, viernes 8 de setiembre de 2006, en <www.forobatllista.com/insumos/correoviernes186.pdf>.

El articulista sostiene que las opiniones de Demasi son indemostrables, y sustenta la suya en haber conocido y hablado con el general Medina. Ilustrativo es contrastar estas opiniones con las de su correligionario Yamandú Fau, quien recuerda las visitas de distintos líderes políticos a la embajada de Estados Unidos y sostiene que en las afirmaciones de Demasi «hay bastante razón».³²

Ocurre que estas tres opiniones, todas basadas en la memoria, son incongruentes entre sí. Para el señor Fau, Demasi tiene bastante razón, pues coincide con lo que él recuerda. Para Gallinal y el editorialista del Foro Batllista, en cambio, Demasi está equivocado, aunque por razones distintas. Para el primero lo relevante son la movilización popular y las acciones partidarias; para el segundo fue un sector dentro del mismo ejército el que facilitó la apertura. Puede notarse cómo el recuerdo del senador Gallinal coincide con la imagen de un Partido Nacional movilizado, activo protagonista en la lucha por las libertades. Por otra parte el editorialista del Foro Batllista niega el papel de las movilizaciones populares —en las que no destacaba la presencia del Partido Colorado—, y reivindica la figura de un militar que, siendo un importante dirigente de la dictadura, ocupó el cargo de ministro de Defensa durante la primera presidencia de Julio María Sanguinetti.

¿Estamos aquí ante un caso en que se contraponen distintos discursos basados en distintas reglas, como advertía Hobsbawm? En parte sí, pero también juegan las complejas relaciones de la historia con la memoria. Sin embargo, ellas hacen al problema de la verdad y objetividad no solo en la historia reciente, sino en la historia en general.

4.1.2. Historia y memoria: distintos relatos sobre el pasado

A pesar de las dificultades, la historia reciente es posible porque historia y memoria no son lo mismo. Más allá de sus similitudes, se trata de dos formas distintas de representación del pasado. (Ricoeur, 2004; Franco y Levín, 2007b) Si bien ambos relatos nacen de la necesidad de reconstruir el pasado, historia y memoria poseen reglas distintas. La memoria «dado que se apoya en la experiencia vivida [...] es eminentemente *subjetiva* [...] es cualitativa, singular, poco cuidadosa de las comparaciones, de las contextualizaciones, de las generalizaciones; no tiene necesidad de pruebas para quien la transporta» (Traverso, 2007: 73, destacado en el original).

La narración histórica, si bien no posee diferencias ontológicas con la memoria —ambas son relatos sobre el pasado contruidos desde el presente—, debe escribirse «según las modalidades y las reglas de un oficio —digamos incluso, con muchas comillas, de una “ciencia”— que constituye una parte, un desarrollo de la memoria» (Traverso, 2007: 72). Ambas tienen un componente de subjetividad, en tanto que construcciones de sujetos, pero la memoria no posee más reglas que lo que se recuerda, solo ella es

32 Revista *Búsqueda*, año XXXV; N° 1370; del 31 de agosto al 6 de setiembre de 2006, pp. 5 y 48.

eminentemente subjetiva. La historia, por el contrario, debe presentar pruebas y está sometida a la crítica.

4.2. Historia e identidad

En la «Tertulia» de Radio *El Espectador* que tuviera a Demasi como invitado, el señor Gonzalo Pérez del Castillo mostró preocupación por la relación entre el discurso histórico, la objetividad y el nosotros y ellos. Allí sostenía que:

Yo estudié en un colegio francés la historia de Francia, y después mis hijos fueron a un colegio inglés y me tocó revisar la historia de Inglaterra, que está muy entremezclada con la historia francesa prácticamente desde la caída del Imperio romano, porque está siempre en guerra, con problemas. Y lo único que reconocí fueron los nombres y las fechas de las batallas, lo demás no tenía absolutamente nada que ver. Lo mismo pasa si uno lee la historia de Artigas escrita por los argentinos o la del mariscal Solano López escrita por argentinos y paraguayos, reconoce las fechas de las guerras, nada más.³³

Con esta intervención apuntaba a dos de los problemas que enfrenta el historiador. Por un lado, la imposibilidad objetiva de construir un relato total, una historia definitiva. Cómo hemos visto, todo conocimiento histórico es el producto de una selección, por lo cual el planteo de Pérez del Castillo, aunque certero, no supone un límite a la rigurosidad científica.

Pero existe otro problema, este sí acuciante, en la distinción entre el discurso científico que el historiador intenta construir, y el discurso mitológico que sustenta las identidades de las colectividades políticas o nacionales. El problema es tanto mayor cuanto la historia científica nace de las historias nacionalistas del siglo XIX —y buena parte del XX—, que no hacían tal distinción. Una fuerte tensión se produce entre mito e historia, ya que la construcción de mitos ha estado en el origen de la ciencia histórica, cuando la función de esta consiste en destruirlos.

4.2.1. *Discurso científico y mito identitario*

Alguna de las afirmaciones del profesor Demasi resultaron particularmente irritantes porque atentaban contra el componente histórico de distintos mitos identitarios. Quienes se sintieron agraviados por sus dichos reclamaban un relato que coincidiera con la imagen que ellos tenían

33 En «La historia reciente en debate», 29 de agosto de 2006, nota publicada en *Espectador.com*, disponible en www.espectador.com.uy/nota.php?idNota=76989.

de los hechos, la que a su vez era fundamento de su identidad como parte de un colectivo. Al existir discrepancias entre las interpretaciones de Demasi y el relato mítico de su colectividad, distintos actores del debate no solo se sintieron agraviados, sino que encontraron en ellas la prueba de la falta de objetividad del historiador. Las diferencias solo podían explicarse como el producto de la ideología o la mala fe. Se demandaba un relato total, objetivo e imparcial, el que además debía coincidir con el relato construido por el demandante, pues era justamente esta coincidencia la que garantizaba la objetividad e imparcialidad. En pocas palabras, si el historiador no dice aquello que yo pienso, es porque no está siendo objetivo y defiende su ideología. A partir de allí, se pasa del reclamo a la acusación.

El confundir discurso histórico con mito constituyente de la identidad no es algo nuevo, por el contrario se encuentra en el origen mismo de la historia como disciplina científica. Sin embargo, en el estado actual del conocimiento, ello equivale a confundir la química con la alquimia; o la biología evolutiva con la teología natural.

La independencia del conocimiento histórico de los discursos míticos, ha sido condición de la construcción de la ciencia histórica. Bien decía Renan, que «olvidar, incluso interpretar mal la historia, es un factor esencial en la formación de una nación, motivo por el cual el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad» (citado en Hobsbawm, 1998: 270).

Palabras de Renan que concuerdan en espíritu con las de algunos participantes del debate, como las del diputado Lacalle Pou, quien reclamó «una historia reciente que nos sirva para el futuro, que sea un aprendizaje y que no siga dividiéndonos como ha dividido a generaciones de personas que nacieron enseguida de haberse producido el golpe de Estado». ³⁴ Olvida el diputado, que el rol de la historia como disciplina científica y el de su enseñanza, no es el de unir ni el de dividir, sino buscar la verdad.

4.2.2. «¿Cómo se atreve!?!». El orgullo agraviado

Una de las críticas que recibió el profesor Demasi fue que con sus dichos agraviaba a alguna colectividad. Con su interpretación sobre el rol de Estados Unidos en la recuperación democrática, por ejemplo, agraviaba el orgullo cívico de los uruguayos. Estos dichos constituyen, en opinión del senador Gallinal, una «de las definiciones más reprochables» de Demasi. En sus declaraciones a Radio El Espectador, el senador mostró su indignación porque este:

señala [...] que la dictadura militar cae por obra y gracia, y prácticamente en forma exclusiva, como consecuencia de las decisiones del gobierno de Estados Unidos de Norteamérica. *Eso también se da de bruces con lo que a la mayoría de los uruguayos nos tocó vivir y con la interpretación que tenemos de aquellos tiempos.* Por ejemplo, el plebiscito de 1980 fue

³⁴ Diario de sesiones de la Comisión Permanente del Poder Legislativo, n.º 20, tomo 22. Sesión del 15 de febrero de 2007, en <www.parlamento.gub.uy>.

un hito histórico fundamental que marca el comienzo de la reapertura y las movilizaciones populares y las acciones que llevaron adelante todos los partidos contra el régimen militar en busca de la recuperación de la democracia y las libertades. *En ese sentido esas expresiones golpean y agravan la conciencia cívica de los uruguayos*, la movilización que los uruguayos llevaron adelante y al conjunto de los partidos políticos.³⁵ [cursivas agregadas]

Al senador no le preocupan los argumentos que tiene el historiador para sostener su interpretación, se siente molesto porque las mismas «golpean y agravan la conciencia cívica de los uruguayos». El senador olvida que la función del historiador, en tanto profesional, es la búsqueda de la verdad histórica, no halagar la conciencia cívica de nadie.

También se sintió agraviado el senador Carlos Moreira, en esta ocasión por las declaraciones que Demasi hiciera en la publicación *La Gaceta*, de la Asociación de Profesores de Historia del Uruguay (APHU). En dicha publicación, aludiendo a la tensión existente entre el conocimiento histórico y la construcción de tradición, el profesor Demasi sostenía que:

para la sociedad uruguaya cualquier relato sobre el pasado es equivalente. Cualquier referencia de una construcción sobre el pasado vale lo mismo que la historia y además tiene pretensión hegemónica. [...] Decir «todos saben que nuestro partido ha luchado por la defensa de las libertades» es construir una tradición. Por lo menos en todos los partidos tradicionales ha habido quienes han colaborado con dictaduras. Todos los presidentes que dieron golpes de estado fueron electos por el partido colorado y nunca los dieron solos siempre tuvieron blancos al lado. Mientras por otro lado, tuvieron también colorados y blancos en contra. Por eso no se puede decir este es el partido de las dictaduras ni este es el partido de las libertades.³⁶

Estas declaraciones despertaron la ira del senador nacionalista Carlos Moreira, para quien:

este gran lío lo empezó a armar el señor Demasi con esas cosas que hizo, a lo que se agregan sus dichos en cuanto a que ningún partido puede decir que es el partido de las libertades, porque siempre, en cada golpe de Estado, hubo un blanco o un colorado. Por mi parte, considero que el Partido Nacional es el partido de las libertades. ¡Vaya si lo será cuando hemos tenido cientos o miles de muertos luchando por las libertades públicas! No desconozco lo que han hecho las demás colectividades políticas, pero verdaderamente mi partido es el de los defensores de las leyes y también de las libertades, de lo que me siento muy orgulloso.³⁷

35 «Gallinal: Demasi está descalificado para preparar abordaje sobre historia reciente», nota realizada por Emiliano Cotel el 28 de agosto de 2006 en radio *El Espectador*, cit.

36 Carlos Demasi, «Enseñar historia reciente es el compromiso fundamental», *La Gaceta*, n.º 43, octubre 2006.

37 Diario de sesiones de la Comisión Permanente del Poder Legislativo, n.º 20, tomo 22. Sesión del 15 de febrero de 2007, disponible en <www.parlamento.gub.uy>.

El problema es que el historiador debe cumplir con su función: buscar la verdad, lo que, como decía Renan, suele ser un peligro para la identidad nacional o partidaria. Es este rol el que agravia el orgullo del senador Moreira, a quién no preocupan la verdad o falsedad de sus afirmaciones. Sus mitos no necesitan someterse a crítica, porque seguirán siendo verdades *para él*, debido a que forman parte de su identidad y orgullo. Un discurso que reivindique la identidad del Partido Nacional como el partido de las libertades, del Partido Colorado como el sustento de la legalidad, o del Frente Amplio como el que con sus movilizaciones derribó la dictadura, no es un discurso histórico, en tanto no se ve limitado a las reglas y convenciones que limitan al historiador.³⁸

No hay por que pedirle a ningún historiador que no se encuentre ideológica o afectivamente comprometido con su investigación. Sí debe exigírsele que respete las reglas y criterios de la disciplina. Nuevamente es Eric Hobsbawm quien nos recuerda que «lo que no podemos hacer sin dejar de ser historiadores, es abandonar los criterios de nuestra profesión. No podemos decir algo cuya falsedad podamos demostrar. En esto diferimos inevitablemente de aquellos cuyo discurso no está sometido a estas limitaciones» (Hobsbawm, 1998: 276).

5. HISTORIA, CRÍTICA Y OBJETIVIDAD.

¿PUEDE ESTUDIARSE LA HISTORIA RECIENTE?

5.1. Crítica y objetividad

El mecanismo científico para acercarnos a la verdad, una vez que asumimos que ella existe, consiste en la discusión crítica de las teorías e interpretaciones que pretenden dar cuenta de ella:

Lo que llamamos *objetividad científica* es simplemente la no aceptación de teoría científica alguna como dogma, y al mismo tiempo la afirmación de que todas las teorías sean tentativas y estén permanentemente abiertas a severa crítica, a una discusión crítica que tienda a la eliminación de errores [...] Aunque nunca podamos justificar la afirmación de haber alcanzado la verdad, a menudo podemos dar buenas razones, o justificación de por qué se debiera juzgar una teoría más próxima que otra a la verdad. [Popper, 2005b: 198-199, subrayado en el original]

En ciencia la garantía de objetividad —no de la ausencia de error— es la crítica de aquellos que conocen las reglas y los límites que el científico o historiador no puede

38 Estoy convencido de que la razón por la cual los dichos de Demasi no despertaron críticas desde la izquierda, es que esta ostentaba el gobierno. Presumo que si la situación política hubiese sido otra, sus valoraciones sobre el rol de Estados Unidos en la apertura democrática, habría desatado la ira de muchos frenteamplistas, que debieron sentirse tan agraviados al respecto como el senador Gallinal.

desconocer sin abandonar el campo: «el conocimiento científico es el que ha sobrevivido a las objeciones [...] lo verdadero es el conjunto de las representaciones consideradas verdaderas porque son producidas de acuerdo con las reglas que definen la producción de lo verdadero» (Bourdieu, 2003: 127-28). Son las reglas del oficio, y la crítica de los pares, lo que le imponen al historiador sustentar sus dichos con evidencias contrastables, lo que garantiza la rigurosidad del conocimiento histórico (Le Goff, 1995: 33). La objetividad es el resultado de la cooperación conflictiva, de la intersubjetividad entre quienes buscan la verdad y tienen los medios para dismantelar una interpretación falsa, es decir, no concordante con las evidencias (Bourdieu, 2003).

Los dichos de Demasi, en tanto que opiniones, se sustentan en los derechos fundamentales de todos los ciudadanos; pero en tanto que parte de un equipo encargado de elaborar materiales para la enseñanza de la historia reciente, su legitimidad se basa en su conocimiento del tema y en el respeto de las reglas que supone la construcción del conocimiento histórico. El pecado que un historiador no puede cometer no es precisamente destruir mitos identitarios, o emitir interpretaciones que contradicen nuestro sentido común o la interpretación que tenemos de aquellos tiempos; el pecado es ir contra las reglas de su profesión, aquellas que le impiden decir lo que sabemos que es erróneo o sospechamos profundamente que lo es (Hobsbawm, 2000).

Es en la discusión crítica, racional, basada en argumentos históricos y evidencias, que las interpretaciones del historiador permanecerán o caerán.

5.2. El pasado reciente

5.2.1. Peculiaridad del estudio del pasado reciente

El campo de la historia reciente presenta algunas particularidades que lo distinguen, en grado, de otros campos de investigación histórica (Ricoeur, 2004; Franco y Levin, 2007). Algunas de ellas estuvieron presentes en el debate, principalmente en los argumentos de quienes se oponen a su enseñanza.

Un aspecto señalado en el debate como factor inhibitor del estudio de la historia reciente es la cercanía del historiador con los hechos que analiza. Para los críticos, la existencia de protagonistas vivos y procesos no acabados impiden al historiador un abordaje desapasionado de su objeto. Sin embargo, la crítica sustentada en la falta de perspectiva, o en la presunta imposibilidad de estudiar procesos aún abiertos, es otra concepción errónea, pues supone que puede existir algún proceso histórico cerrado. Como hemos dicho la frontera entre acontecimientos del pasado y hechos históricos se encuentra en permanente movimiento, y por ello nunca hay historia definitiva o cerrada (De Certeau, 1993). No obstante, aunque la cercanía no lo inhabilita, el historiador de sucesos recientes debe redoblar su esfuerzo por alcanzar la objetividad. Aunque erróneas

en su formulación, las críticas no pueden ignorarse, pues advierten sobre riesgos reales (Franco y Levin, 2007b).

Este tipo de cuestionamiento es parte del sentido común sobre el tema. En la entrevista que realizara en radio El Espectador, la periodista Rosario Castellanos sostuvo que en el estudio de la historia reciente «el análisis, puede llegar a discrepar con la sensación térmica de aquellos que vivimos o pasamos por la época de la dictadura». En la misma nota, en el espacio de la tertulia, Gonzalo Pérez del Castillo sustentó una idea similar: «es muy difícil ser objetivo cuando uno escribe sobre la historia. Muchísimo más, [...] escribir sobre la historia reciente con la gente que fue protagonista todavía en vida.»³⁹

El problema, por supuesto, no se plantea solo desde el sentido común, también ha sido objeto de la reflexión de los historiadores. En 1987, cuando la dictadura era verdaderamente reciente, Gerardo Caetano y José Rilla recorrían una serie de dificultades que la empresa suponía, a la vez que se preparaban a acometerla:

Historiar el pasado más reciente es siempre una tarea ardua y peligrosa. La ausencia de perspectiva, las resonancias aún «calientes» de la mayoría de los acontecimientos analizados, la existencia de proceso y trámites todavía en curso de dilucidación plena, entre otros múltiples factores que se podrían reseñar, agregan desafíos complementarios en esos casos al oficio siempre exigente del historiador. Y sin embargo, tomando nota de los muchos riesgos que tal empresa importa, la reflexión en perspectiva histórica sobre el pasado más cercano se vuelve hoy en el Uruguay una tarea tan necesaria como impostergable. [Caetano y Rilla, 1987: 7]

El problema es real, la historia reciente se enfrenta a demandas e interpelaciones específicas, entre las que están su relación con la memoria y la cercanía cronológica, y eventualmente afectiva, del investigador y su objeto (Franco y Levin, 2007b). A su vez, su carácter polémico se relaciona con el tipo de procesos que estudia.

5.2.2. *El historiador y el pasado traumático*

Los desafíos que la Historia reciente presenta al historiador devienen, tanto o más que de la cercanía temporal del objeto; de su carácter traumático y, por tanto, polémico. De hecho desde las reflexiones en torno al Holocausto, o los regímenes colaboracionistas de la Segunda Guerra Mundial, a las dictaduras en el Cono Sur, la noción de historia reciente y pasado traumático parecen estar fuertemente vinculadas (Franco y Levín, 2007b; Lvovich, 2007; Sábato, 2007). A su vez, la discusión en torno a las dificultades de representar el pasado traumático se ha vuelto uno de campos de mayor debate entre filósofos, teóricos e historiadores (Friedlander, 1992; LaCapra, 2009).

39 En «La historia reciente en debate», 29 de agosto de 2006, nota publicada en *Espectador.com*, o. cit.

Las formas en que las sociedades procesan sus traumas suelen presentar diversas pulsaciones, latencias y aceleraciones. En cualquier caso, la condición de trauma interpela al historiador, el que puede verse sujeto a presiones y tentaciones. Al fin y al cabo, también él es un sujeto perteneciente a la sociedad traumatizada.

Y sin embargo, más allá de los riesgos que supone analizar pasados traumáticos, sean recientes o no pero más si lo son, la mirada del historiador es indispensable y posible, porque su oficio le acostumbra y obliga a tener en cuenta la otredad, a construir una perspectiva en que distancia y cercanía del pasado le permiten hacerlo inteligible. Por supuesto que cometerá errores, pero allí actúan los pares quienes, a partir de las reglas y convenciones del oficio, critican su obra y señalan sus inconsistencias.

6. CONCLUSIONES

En este trabajo hemos intentado analizar algunos aspectos del debate en torno a la enseñanza de la historia reciente desatado a partir de declaraciones del profesor Carlos Demasi publicadas en la revista *Búsqueda*, en agosto de 2006. Si bien el debate tuvo connotaciones políticas que tiñeron todas las opiniones de una profunda desconfianza en torno a las intenciones ocultas del gobierno, giró en torno a declaraciones de un historiador y profesor de historia, dichas en el marco de un curso; no de declaraciones políticas hechas en un comité o club partidario.

Al intentar refutar interpretaciones históricas sobre el pasado reciente, algunos protagonistas del debate utilizaron argumentos relativos a la naturaleza del conocimiento histórico sustentados en sus concepciones respecto a este. A partir de dichos argumentos ha sido posible —así lo entendemos—, mostrar una serie de concepciones equivocadas sobre cómo se construye el conocimiento histórico, qué lo valida y en qué consiste su objetividad.

En primer lugar, pareció olvidarse en el debate que el historiador construye conocimiento siempre provisional. Una cosa es la *verdad*, y otra, el *conocimiento científico*. Este se conforma de enunciados que resisten la crítica de quienes están mejor capacitados y eventualmente motivados para demostrar su falsedad; pero aún así pueden ser falsos. Quienes cuestionaron las interpretaciones de Demasi, mostraron no conocer las reglas que sustentan la búsqueda de la objetividad en la investigación científica en general e histórica en particular. Habitualmente atacaron su persona pero apenas intentaron demostrar la falsedad de sus dichos. Ello habría supuesto aportar evidencia que refutara las hipótesis de Demasi, ofreciendo interpretaciones más verosímiles en función de la misma.

La segunda fuente de malentendidos presentes en el debate está asociada a las difíciles relaciones entre historia y memoria. Aunque relatos similares, no son idénticos, pues responden a reglas distintas. El recuerdo de los testigos puede constituir una fuente, o un objeto de análisis histórico, pero nunca puede, por sí mismo, refutarlo.

El aspecto más interesante del debate fue la exigencia al historiador de que su relato coincidiera con los mitos constitutivos de identidades colectivas. Este es un viejo reclamo

que se realiza a la historia, y particularmente a su enseñanza. El proceso de profesionalización de la disciplina se ha sustentado, en buena medida, en la independencia respecto a este tipo de reclamos. Es incompatible con la ciencia histórica el ser materia prima para mitos identitarios. La función de la ciencia no consiste en alimentar mitos sino en destruirlos.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BERDING, H. (2005). «Leopold von Ranke», en P. KOSLOWSKI (ed.). *The discovery of historicity in German idealism and histories*, Berlín: Springer, pp. 41-58.
- BORGES, J. L. (1998). *Ficcione*, Madrid: Alianza.
- BOURDIEU, P. (2003). *El oficio de científico*, [1.ª edición en francés: 2001], Barcelona: Anagrama.
- CARR, E. H. (2003). *¿Qué es la historia?*, [1.ª edición en inglés 1961], Barcelona: Ariel.
- CAETANO, G., J. RILLA (1987). *Breve historia de la dictadura*, Montevideo: CLAEH-EBO.
- DE CERTEAU, M. (1993). *La escritura de la historia*, [1.ª edición en francés 1978], México: UIA.
- FEBVRE, L. (1993). *Combates por la historia*, [1.ª edición en francés: 1953], Barcelona: Planeta-Agostini.
- FRANCO, M., F. LEVÍN (comp.) (2007a). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires: Paidós.
- (2007b). «El pasado cercano en clave historiográfica», en FRANCO y LEVÍN (2007a).
- FRIEDLANDER, S. (1992). *Probing the limits of representation. Nazism and the Final Solution*, Harvard: Harvard University Press.
- LE GOFF, J. (1995). *Pensar la Historia*, [1.ª edición en italiano: 1977], Barcelona: Altaya.
- (1998). *Sobre la historia*, [1.ª edición en inglés: 1997], Barcelona: Crítica.
- HOBBSAWM, E. (2000). «Cuando la pasión ciega a la Historia», diario *Clarín*, Buenos Aires, 2.4.2000, disponible en: <www.clarin.com/suplementos/zona/2000/04/02/i-00601e.htm>, [octubre de 2010].
- LACAPRA, D. (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*, Buenos Aires: Prometeo.
- LVOVICH, D. (2007). «Historia reciente de pasados traumáticos. De los fascismos y colaboracionismos europeos a la historia de la última dictadura argentina», en FRANCO y LEVÍN (2007a).
- POPPER, K. R. (2005a). *Conocimiento objetivo*, [1.ª edición en inglés: 1972], Madrid: Tecnos.
- (2005b). *El mito del marco común. En defensa de la ciencia y la racionalidad*, [1.ª edición en inglés: 1994], Buenos Aires: Paidós.
- RICO, A. et. al. (2005). *15 días que estremecieron al Uruguay*, Montevideo: Fin de Siglo.
- RIKOEUR, P. (2004). *La memoria, la historia y el olvido*, [1.ª edición en francés: 2000], México: FCE.
- SÁBATO, H. (2007). «Saberes y pasiones del historiador. Apuntes en primera persona», en FRANCO & LEVÍN (2007a).
- TRAVERSO, E. (2007). «Historia y memoria. Notas sobre un debate», en FRANCO & LEVÍN (2007a).
- VILAR, P. (1982). *Iniciación al vocabulario de análisis histórico*, [1.ª edición: 1980], Barcelona: Crítica.